

CAPITULO XIII.

Un artista.

Estamos en el estudio de un pintor; en una espaciosa pieza que recibe de un lado la buena y abundante luz que es indispensable para que un artista pueda dar á sus cuadros el colorido y la vida que los inmortalicen.

Grandes lienzos de un mérito sobresaliente, entre ellos una copia de *La Virgen del Niño*, llamado, la Perla de Rafael, célebre cuadro que posee el rico Museo de Madrid, y otro del *interior del senado de Venecia*, obra admirable, capital, la mas sobresaliente del famoso Tintoretto, que existe en el mismo sitio, se ven colocados, á una

luz conveniente, en la pared que mira al balcón; de otro lado se descubren otras copias de sobresaliente mérito, como *Jesus disputando con los doctores*, *La adoracion de los Magos* y *Moisés salvado de las aguas*, exquisitas pinturas de Pablo Verones; y repartidos por la pieza se ven retratos de varios personajes, bocetos y lienzos preparados para empezar nuevas obras.

A distancia conveniente de la luz, y dándole ésta de costado, está un elegante cabalette con un lienzo en que se ve la cabeza de una mujer casi al concluir: enfrente del lienzo se ve un jóven de arrogante figura, con la paleta y los pinceles, fijando tristemente los ojos en el cuadro que está haciendo: un poco mas lejos, y sentado en una silla, se encuentra un hombre de bella presencia que le observa con interes.

—¡Imposible...! no le puedo dar á mi obra la expresion divina que se advierte en las hechiceras facciones del original;—dijo el pintor dejando con disgusto los pinceles:—intentarlo es profanar la belleza, parodiar el candor, la dulzura, el espiritualis-

mo que se observa en aquellos contornos celestiales: los artistas podemos imitar, aun que de lejos, la naturaleza, pero nos es imposible comunicar al lienzo la expresion de los bienaventurados.

—Pues, Leopoldo, á mi me parece que habla ese retrato: en mi concepto no es un cuadro, es la misma Clotilde la que veo delante de mis ojos.

—Porque tus ojos, Rafael, no la ven como la ven los míos; como yo, por hermosa que me parezca tu adorada Luz, no puedo rodearla de los hechizos celestiales de que tu imaginacion la rodeará.

—En eso creo que no te engañas; la imaginacion de los amantes es poética, y revisite al objeto amado con el colorido mas expresivo y encantador. ¡Ah....! si yo fuese pintor....

—Empezarias, como yo, veinte veces retratos de ella, los trasladarias de tu imaginacion al lienzo, y no acabarias ninguno, porque todos te parecerian frios, imperfectos, sin expresion.

—¿Y hace mucho que no la ves?

—Dos meses: desde que D. Emilio exigió de mí este sacrificio.

—¡Pobre Leopoldo!

—Sí, muy desgraciado, amigo mio.

—¡Y yo que he deseado siempre que tu boda y la mia se celebrasen en un mismo dia!

—¡Mi boda!

—Pero tengo el sentimiento de ver que ya es imposible.

—¿Pues qué, te vas á unir muy pronto con la hermosa Luz?

—En cuanto llegue su deseado padre, á quien esperamos de un dia á otro de Veracruz.

—¿Pues qué, le han levantado su destierro?

—A pesar del empeño de sus enemigos.

—¿Enemigos particulares?

—Sí; pero por fortuna, tengo algunos amigos que ejercen bastante influjo con el gobierno, y he conseguido, por este medio, que le hayan puesto en libertad.

—Me alegro mucho.

—Gracias: entre los que mas han trabaja-

do porque le alzasen su destierro, debo contar, en primer lugar, al doctor Willey, que estuvo ayer en casa de Luz á comunicarle tan grata nueva, segun me aseguraron cuando yo entraba con la misma fausta noticia.

—Le conozco mucho.

—Es muy buen amigo, ¿no es verdad?

—Me parece que sí, aunque mi conocimiento viene solamente de que le veo entrar á la vivienda de una hermosa vecina, de quien dicen que está enamorado.

—¡Hola!... ¿y quién es? Dímelo para que me divierta un rato con él cuando nos véamos en casa de mi novia.

—De Elisa; la vecina que vive en una de las habitaciones que están al entrar al corredor.

—¿De esa hermosa española, mujer de D. Diego Rondal?

—De la misma.

—¿Y ella?

—Es tan virtuosa como linda, y creo que no hace caso de él por mas que la vecina Doña Anita sospeche lo contrario.

—¿Y quién es esa Doña Anita?

—Es *todita una señora*, como ella suele decir, que no se ocupa de otra cosa que en hablar del prójimo, y que esta mañana muy temprano quiso entrar á verme, sin duda con el objeto de enterarme de lo que motivó un tiro que se escuchó anoche en una de las viviendas de la vecindad.

—¿Hubo alguna desgracia?

—No lo sé, porque yo le respondí que estaba ocupado, sin abrirle la puerta. Qué me importa á mí la vida de los demas, ni cómo me voy á ocupar de ella cuando no tengo tiempo suficiente para ocuparme de la mia?

—Tienes razon; los que amamos, no tenemos tiempo sino para pensar en el objeto que llevamos constantemente en nuestra mente.

—Los que amais y esperais; pero los que amamos y tememos, llevamos dos pensamientos mezclados; uno que nos halaga, otro que nos atormenta; aquel lleno de su amor, de sus dulces palabras, de sus tiernos juramentos; el otro henchido de amargura, de inquietud, de punzantes zelos, de

desesperacion, de lágrimas y de tormentos, inspirado por un enemigo que trata de robarnos nuestro angelical tesoro.

—Pero tú vencerás, Leopoldo; sí, tú vencerás.

—Mi rival es poderoso, intrigante, que tal vez ha deslumbrado con sus riquezas á D. Emilio, y yo no soy mas que un artista

—Sí; pero un artista de génio, de inspiracion, que lleva en sus pinceles su riqueza, sus títulos de nobleza y la admiracion del mundo. ¿Hay alguien mas digno del amor de las mujeres que los artistas y los poetas dotados de ardiente corazon, que saben apreciar todo lo bello de la naturaleza, que se apartan de las miserias del resto de los hombres, del necio orgullo, de la vanidad, del dolo y de la mentira, para vivir en un mundo de amor, de inspiracion, de nobles concepciones, donde se diviniza á la mujer, se enaltece la virtud, se aborrece el vicio, y se ama á Dios con toda el alma?.... Los artistas y los poetas, querido Leopoldo, son las criaturas privilegiadas del Eterno, y todas las personas que alientan senti-

mientos elevados y generosos, procuran atraerse su amistad, como la mas digna, la mas desinteresada, la mas instructiva y la mas honrosa.

Y tenia razon Rafael al expresarse de esta manera.

El talento es el título, la carta de recomendacion, la condecoracion honorífica que Dios colocó en la cabeza de sus privilegiadas criaturas para que todo el mundo las admirase. Leonardo de Vinci, Guide, Tintoretto, Pablo Verones, el Ticiano, Rubens, Rafael, Teniers, Van-dyk, Poussin, José Rivera, Zurbarán y otros excelentes pintores, no se presentaron al mundo con otros pergaminos de nobleza que con los de su fecunda imaginacion y su talento, conquistando con ellos un renombre eselarecido, el aprecio de la sociedad humana, el respeto de todas las generaciones, y una posicion brillante.

¿Quién abrió á Diego Velazquez las puertas de los palacios, lo elevó hasta los círculos de los grandes, de los príncipes y de los reyes, le condujo al templo de la Fama,

inmortalizó su nombre y le atrajo la estimación y el respeto de sus contemporáneos? Su talento; sus bellísimos cuadros; *El sitio de Breda*, conocido comunmente en España por *el de las Lanzas*, *Los Borrachos* y *Las fraguas de Vulcano*, lienzo magnífico, obra maestra y acabada, donde se asombra el ojo inteligente de la verdad que existe en ese combate de la claridad de la brasa en donde rojea el yerro, y de la del sol que se introduce por la puerta entreabierta de la herrería. ¡Qué cuerpos tan hermosos los de aquellos robustos Cielopes! ¡qué facciones tan expresivas! ¡qué miembros tan ágiles, nervudos y unidos....! ¡qué naturalidad en la de esos que descargan sus golpes en el yunque, cuyos brazos se detienen suspendiendo de repente la acompasada armonía de sus martillos, á la vista del denunciante Apolo, que entra á contar al esposo de Vénus que Marte viola su lecho conyugal! ¡qué bien expresada se ve en el rostro de Vulcano, al escuchar la infidelidad de su conyuge, el espanto, la sorpresa y la cólera!

¡Quién elevó á Murillo, hijo de una fami-

lia pobre, desde la humilde condicion en que habia nacido, hasta los círculos mas distinguidos....? ¡Quién hizo que su nombre, que hubiera muerto en la oscuridad en que nació, brillara como el brillante sol en el cenit, y pasase hasta nosotros rodeado de una aureola celestial? Su talento; su fecunda imaginación; sus cuadros sublimes; ese *Cristo en la Cruz*; *la sacra familia del perrito*; *Jesus y San Juan*; *el martirio de San Andrés*, y otro considerable número de composiciones que le hacen ser entre los pintores lo que fué Lope de Vega entre los poetas.

La verdadera grandeza está en el talento. Los hombres que carecen de génio, desaparecen del mundo sin dejar la mas ligera huella de su existencia, como desaparece el ave sin dejar en el aire rastro alguno de su vuelo.

La inspiración y el saber son leves átomos de los atributos del Señor, y solo ellos, como de origen eterno, dejan la señal por donde ha pasado el hombre favorecido.

Siete ciudades se disputan la gloria de ser la cuna de Homero, cuya inmortal obra,

la Iliada, monumento que sobrenada á la ruina de los imperios, guardaba Alejandro el grande, en señal de veneracion, bajo la cabecera de su cama, encerrada en una caja guarnecida de piedras preciosas. Las distinguidas hazañas de Ercilla yacen en el olvido; su poema *La Araucana*, atraviesa los siglos ensalzando su nombre. ¿Por qué han muerto las primeras y existe jóven y lozano su libro? Porque las primeras pertenecen al hombre material, el segundo á la inteligencia, al bien con que ha dotado al hombre la Divinidad para hacerle á su imágen y semejanza.

El viejo soldado de Lepanto, el autor del inmortal Quijote, el inimitable Cervantes, escribiendo desde una oscura prision su obra maravillosa, apareció mas grande al mundo, que los que habitaban regios alcázares de doradas techumbres. Los reyes, los príncipes, los sábios, los ignorantes, el rústico pastor y el afeminado cortesano, todos le respetan, todos le leen con avidez, todos le quieren, todos le elogian.

El hombre de inteligencia, no solo hace

que sobreviva su nombre á la materia cruzando los siglos, sino que, con su palabra y su voluntad hace salir de sus tumbas á los héroes de todos los tiempos, á los emperadores y á los guerreros de todas las edades, les infunde nuevo aliento y nueva vida, y los retiene sobre la tierra hasta la conclusion de los tiempos, constituyéndose en severo juez de sus acciones.

Las riquezas y los títulos de grandeza son el patrimonio que heredan los hijos de los poderosos de la tierra: el talento es el tesoro creador con que Dios dota á sus privilegiadas criaturas: las primeras, como pertenecientes al mundo, desaparecen con facilidad; el segundo, sobrevive á la existencia del individuo, sin que nadie se lo haya podido arrebatárle durante su vida ni despues de su muerte.

No pretendo, sin embargo, al asentar que el mas digno título de nobleza es el talento acompañado del saber, atacar los timbres y honrosas distinciones de las condecoradas clases de la sociedad, cuyos antepasados prestaron distinguidos servicios á la patria.

Nada de eso: estoy muy lejos de asociarme á la larga lista de escritores que, para halagar al pueblo, se han propuesto desconceptuar á las clases elevadas, mojado en hiel sus plumas, para ridiculizarlas y zaherirlas de la manera mas cobarde é injusta.

Precisamente los reyes, los príncipes, la nobleza y los grandes han sido en todos tiempos los protectores de los hombres de génio y de saber, los Mecenas de los poetas y de los artistas, y los que distinguiéndoles con su aprecio, han contribuido de una manera eficaz al renombre que justamente han conquistado. Velazquez, Quevedo, Calderon, Lope de Vega y otros mil ingénios, no hubieran dado al mundo, ni el primero, un número tan considerable de preciosos cuadros, ni los otros sus admirables obras, si no hubieran existido los Felipes, los Osunas y los Medinacelis, que se apresuraban á premiar sus artísticos y literarios trabajos. Aun existe en el Museo de Madrid el magnífico cuadro en que Velazquez, retratando á la infanta Margarita, ideó trasladar

al lienzo toda la escena que presenciaba, y de la que él mismo era actor. Al presentar esta obra á Felipe IV, como lo hacia con todas, preguntándole si creia que le faltaba algo, respondió el rey: sí, le falta todavía una cosa; y tomando la paleta de las manos de Velazquez, pintó en el pecho del artista, representado en el cuadro, la cruz de la órden de Santiago. ¿Puede darse un rasgo mayor de deferencia y aprecio de los reyes hácia los hombres de talento?

Pero volvamos á los personajes de nuestra historia.

Leopoldo que, como la mayor parte de los hombres de verdadero mérito, reunia á un talento privilegiado una modestia suma, y por lo mismo una desconfianza extrema de sí mismo, contestó:

—Sí; un verdadero artista, un hombre de una imaginacion rica, brillante, inagotable en concepciones maravillosas, fácilmente podrá alcanzar la mano de la mas distinguida dama; pero yo, yo no soy mas que un aficionado sin génio, indigno de tocar el divino arte de Apeles.

—No es esa la opinion que tiene formada el público de tí.

—Y sin embargo, es la mía.

—No eres tú, por fortuna, el juez que ha de calificar tus obras.

—¿Y de qué me sirve su calificacion favorable, si no basta á vencer la resistencia del padre de la mujer que amo?

—Ten esperanza, Leopoldo.

—¡Esperanza!—dijo el artista con profunda amargura:—¡hace tanto que esperol...

El ruido de un coche que se acercaba, y que poco despues se detuvo en la puerta de la calle, se escuchó en aquel instante.

Leopoldo se estremeció en la silla.

—¿Qué tienes?

Le preguntó Rafael.

—Nada; que yo conozco el ruido de ese carruaje.

Contestó el artista dejando ver en su semblante, retratados á la vez, el asombro y la alegría.

—¿Sí?

—Sin duda.

—¿De quién es?

—De Clotilde.

—¿Será posible?

—¡Ah!..... me lo dice el corazon; y sin embargo, no me atrevo á creerlo. Hazme favor de asomarte al balcon y ver el color del coche, porque á mí me falta valor para hacerlo.

—Es azul con ruedas encarnadas.

Dijo Rafael haciendo lo que su amigo le habia encargado.

—No hay duda.

—Ahora baja una señorita.

—¿La distingues?

Exclamó Leopoldo fuera de sí, y pálido de inquietud y de placer.

—Sí.

—¿Quién es?

—Es ella.

—¡Ella!.....—dijo el artista levantándose:—¡Ah!..... cierra el balcon, amigo mio.

—Ya está cerrado, y ahora me voy para que puedas hablarla libremente: adios, Leopoldo: Dios quiera que su visita te traiga la felicidad.

—Gracias, Rafael, gracias..... Adios.

Leopoldo quedó solo, temblando de placer y de temor; mezcla extraña que acompaña al hombre que espera el resultado de su eterna dicha ó de su desgracia.

Una jóven hermosa, vestida lujosamente, acababa de bajar del coche. Era Clotilde.

Un hombre que habia venido siguiendo el carruaje, se detuvo enfrente de la puerta, pero en la acera contraria, y recatándose de ella, observando sus mas ligeros movimientos.

Al penetrar en el zaguan, Clotilde, se dirigió á una mujer que iba á salir.

—¿Tiene vd. la bondad de decirme si vive aquí D. Leopoldo Cabrera?

La mujer á quien se dirijia la pregunta alzó la cabeza, y al fijar la vista en la jóven que le hablaba, se cubrió de una palidez mortal, se le llenaron los ojos de lágrimas, se le anudó la garganta, y no pudo contestar.

Maravillada Clotilde de aquella sorpresa que su presencia causaba, la miró á su vez detenidamente, y creyó haber visto aquellas facciones en alguna otra parte.

—Me parece—añadió con voz dulce— que no es esta la primera vez que yo tengo el gusto de ver á vd.

—No señorita.

Contestó conmovida y mirándola con un interes particular la interrogada.

—¿En dónde, si tiene vd. la bondad de decírmelo?

—En San Angel.

—Es verdad, ya recuerdo. ¿No es vd. Elisa, la esposa de D. Diego Rondal?

—Sí señorita.

—Como la veo á vd. tan pálida y en ese trage tan humilde.... me fué imposible conocerla.

—Es que la desgracia nos ha perseguido desde entonces.

—¡La desgracia!.... ¿Y por qué no ha ocurrido vd. en ella á mí?.... Aunque no he tenido la honra de alcanzar su amistad de vd., la he querido siempre tanto....

Elisa sintió oprimírsele el pecho con un exceso de felicidad.

—¡Ah!.... ¡no sabe vd. cuán dichosa me hace con esas palabras!—exclamó vertien-

do abundantes lágrimas:—Pero yo la estoy deteniendo á vd: ¿decia vd. si vive aquí D. Leopoldo Cabrera?

—Sí, hermosa Elisa.

—Vive, y voy á tener el gusto de acompañarla hasta la puerta de su habitacion.

—Mil gracias.

Y la jóven empezó á subir la escalera.

Elisa iba á su lado mostrando en su semblante el placer mas intenso, y sin apartar los ojos de su angélica fisonomía.

Parecia que aquel rostro era el centro de atraccion de todas sus potencias.

El hombre que habia permanecido observando en la acera de enfrente, cruzó de un lado á otro, penetró en el zaguan de la casa de Leopoldo, procurando no ser visto del cochero; miró hácia el corredor del segundo piso; vió detenerse á Clotilde en la puerta de la vivienda principal, á la cual llamó con tres golpes; poco despues notó que la abrian, viendo desaparecer por ella, despues de haberse despedido de Elisa, á la jóven que habia ido siguiendo.

—¿Lo habia sospechado!....—exclamó

entre dientes y con ira reconcentrada el hombre:—¡Oh!.... ¡es preciso acabar de una vez!.... ¡Su muerte es la única que me puede volver la tranquilidad!....

Diciendo esto, sacó del bolsillo una lujosa cartera; tomó de ella una tarjeta, escribió por el revés, y con lápiz, algunas palabras, volvió á guardar la cartera, dobló tres puntas de la tarjeta, pasó á la acera en que habia permanecido primero, y esperó.

—¡Morirá, morirá!....

Murmuró para sí, despues de un rato de silencio, y se puso á pasear por enfrente de la casa en que vivia Leopoldo, pero sin apartar la vista del zaguan.

—¡Cuánto tarda en bajar!....—pensó sacando un excelente reloj de oro, que pendia de una exquisita cadena:—¡Oh!.... yo he tenido la culpa por no haber tomado, como voy á tomar ahora, una resolucion definitiva.

Y se detuvo impaciente.

Poco despues vió que bajaba por la escalera un jóven dando la mano á una señora.

En el semblante del hombre que esperaba se operó un cambio violento.

Eran Clotilde y Leopoldo.

El cochero abrió la portezuela al verles llegar al zaguan.

La jóven se despidió de Leopoldo, y entró en el carruaje.

El auriga volvió á montar en el pescante; entonces Clotilde hizo una señal á Leopoldo para que se acercase á la portezuela; sacó del dedo la sortija con piedras rubí, diamante, turquesa, esmeralda y coral, que hemos visto le mostró otra vez en el Cabrío, se la entregó, enviándole una sonrisa de amor, y desapareció en el coche.

Mientras esto pasaba, el hombre que observaba llamó á un muchacho, le dió una moneda y la tarjeta, le señaló con el dedo á Leopoldo, y aguardó á que cumpliese su mision.

Aun no acababa el feliz artista de creer que tenia en sus manos la expresiva sortija en que le decia su amada, *te adoro y te prometo que me casaré contigo y que seré fiel espo-*

sa, cuando se acercó el muchacho con la tarjeta.

Leopoldo quedó sorprendido al verla doblada por las tres puntas; miró el nombre, y exclamó para sí con aire de placer.

—¡Duval....! Quiere un duelo á muerte: bien.

En seguida sacó una tarjeta de las suyas, la dobló por las cuatro puntas en señal de admitir el desafio: se la entregó al que habia puesto en sus manos la de su rival, y subió á su habitacion pensando en el objeto de su amor y en el duelo á que le provocaba su odioso rival.